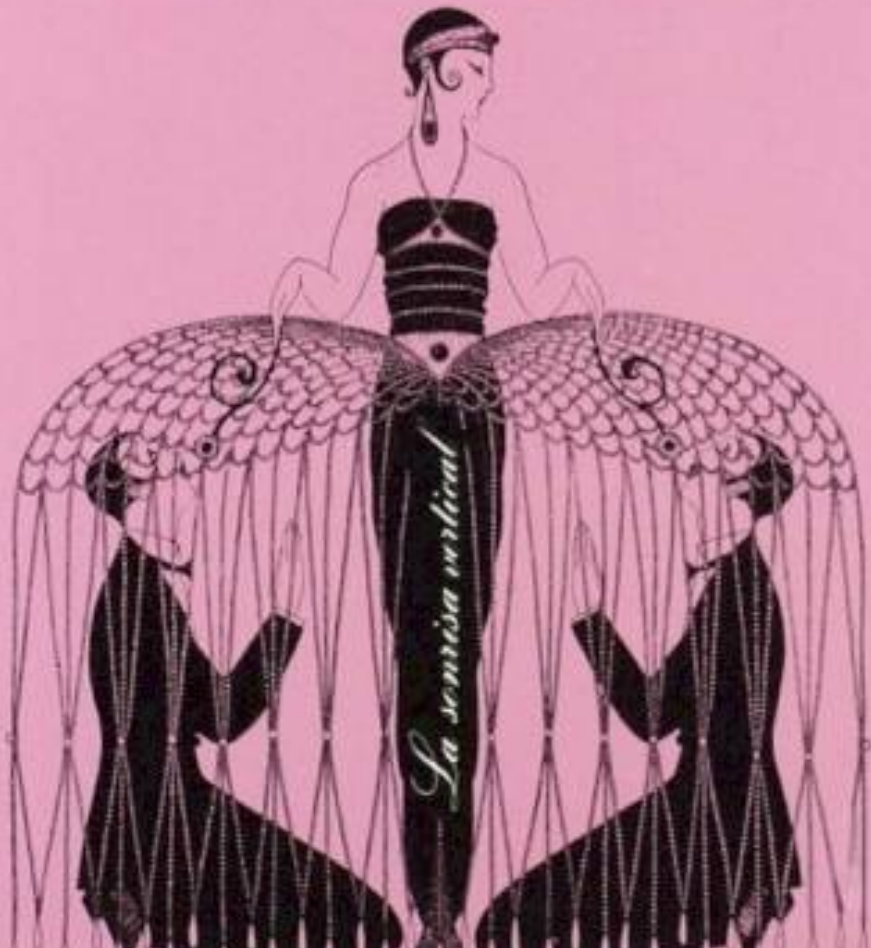
Gamiani

Alfred de Musset



La leyenda dice que el poeta Alfred de Musset, en una plática de absenta con sus amigos, apostaba a que la literatura erótica no necesitaba de la vulgaridad ni del lenguaje soez para ser altamente calentante. Siendo muy joven, cumple con su promesa, entregándoles a sus amigos un trabajo nunca pensado para la imprenta. Pero al ser un clásico de la pornografía, pronto ya estaba editándose profusamente.

Prólogo

Cuando un género literario como la Erótica, que, desde Ovidio hasta Bataille, ha enriquecido nuestra cultura de obras fundamentales del pensamiento universal, ha estado tantos años en España sumergido en catacumbas, es una auténtica satisfacción para un editor poder extraerlo por fin de las sombras. Tan acostumbrados están en nuestro país los aficionados a este género a permanecer ocultos, a ser vilipendiados, rechazados y perseguidos por las ideologías inquisidoras que tanto sus autores como sus lectores siguen aún, con frecuencia, aterrados tras sus máscaras anónimas en espera de tiempos mejores en los que se les permita expresarse y gozar de la lectura libremente, sin prejuicios, ni perjuicios.

Como todo género literario, la Erótica no escapa a los estragos de los profesionales de la producción quiosquera, y por cada Faulkner, Chandler, Julio Verne o Marqués de Sade corresponde a la Literatura soportar mil novelas rosas, «de tiros», «del oeste», «verdes» o pornos. Mientras la proporción en la demanda de libros siga siendo esta, no cabe duda de que volver a publicar hoy en España[1] *un clásico del género como lo es Gamiani, de un autor de la talla de Alfred de Musset, seguirá siendo un hecho cultural del que no podemos más que alegrarnos y enorgullecernos.*

Gamiani o dos noches de quimera *se inscribe en la línea del movimiento romántico francés de la primera mitad del siglo XIX. Con Alfred de Musset (1810–1857), autor, entre otras obras de* Cuentos de España y de Italia, Mardoche, Rolla, Las noches, Lorenzaccio, Comedias y proverbios,

etc., este movimiento alcanza su plenitud, y la mayoría de sus obras expresa con fuerza todo lo patético de la pasión. Musset, un romántico exasperado, vivió a lo largo de su corta existencia la angustiada e impetuosa rebeldía que dio en llamarse «el mal del siglo» y que tan bien describe en Confesiones de un hijo del siglo. Poeta, dramaturgo, ensayista, Alfred de Musset vivió su época con el arrojo de quien es consciente de ser uno de sus principales protagonistas. En sus célebres Cartas de Dupuis y de Cotonet *(1836) define así el Romanticismo: «Es la estrella que llora, el viento que ruge, la noche que se estremece, la flor que vuela y el pájaro que exhala; es el flujo inesperado, el éxtasis languideciente, el estanque bajo las palmeras, la esperanza rojiza y sus mil amores, el ángel y la perla, el blanco traje de los salces. Es el infinito y lo estrellado, lo cálido, lo roto, lo desencantado, y, no obstante, es a la vez lo lleno y lo redondo, lo diametral, lo piramidal, lo oriental, lo descarnado, lo estrechado, lo abrazado, lo arrollador; ¡qué nueva ciencia!».*

El libre curso de la imaginación creadora —a veces hasta el absurdo—, la busca del instante absoluto, pleno, total, la entrega sin condiciones —a costa incluso de la propia vida— son algunas de las características románticas que sitúan Gamiani entre las obras más íntimas del gran poeta. Escrita en dos noches, según cuenta la leyenda (¿quién sabe si en alguno de los períodos más tormentosos de su relación con la escritora George Sand, quien más tarde lo abandonó por Chopin…?), puede decirse hoy que es un ejemplo muy genuino de novela erótica romántica, en la que el personaje de la condesa Gamiani, apasionada, impulsiva y exasperada, surge de la capacidad imaginativa de un autor que, en su romántica insubordinación a las normas literarias, no vacila en alcanzar situaciones extremas, delirantes, totalmente irreales. Y así debe leerse Gamiani.

El Editor.

Primera noche

1

Era ya media noche. En los lujosos salones de la condesa Gamiani, resplandecientes y perfumados, danzaban las juveniles parejas a los acordes de una mágica orquesta.

Las refulgentes joyas aumentaban el encanto de los elegantes trajes de variados colores.

Encantadora, graciosa, desvivíase la condesa por atender a todos sus invitados, y en su interesante rostro se traslucía la alegría que saboreaba gozosa por el éxito de la fiesta. Por todas las felicitaciones y para todos los cumplidos galantes tenía la dama una sonrisa, pregonera de su júbilo.

Yo, reducido, como siempre, a mi papel de frío observador, había notado varios detalles que me impedían ver en la condesa todos los méritos que le ponderaban sus ciegos admiradores.

No fue para mí labor difícil aquilatar su valía de mujer de mundo; pero deseaba conocer íntimamente a Gamiani, analizando con el escalpelo de mi razón su ser moral.

Confieso que una fuerza misteriosa parecía estorbar este propósito y sentía como vergüenza de aquel empeño de descubrir el misterio de la vida de aquella mujer enigmática y extraña.

Joven aún, inmensamente rica, bella, sin familia y con pocos amigos verdaderos, Gamiani podía considerarse como un caso raro en la sociedad elegante en que vivía.

Ciertas particularidades de la extraña vida de la condesa eran comentadas con explicable malicia.

Juzgábanla unos mujer fría y sin pasiones; teníanla otros por artista y desengañada de la vida, resuelta a frenar sus sentimientos y sus pasiones para ahorrarse nuevas amarguras.

Me propuse conocer el secreto de aquella vida; pero nada conseguí.

Aburrido, cansado del mal éxito de mis observaciones, estaba ya a punto de abandonar aquella empresa, cuando la casualidad vino en mi auxilio.

Un viejo libertino que asistía a la fiesta, dijo con cierto desdén, refiriéndose a Gamiani, que pasaba por nuestro lado:

—Es una sacerdotisa de Safo.

Aquellas palabras fueron para mí una revelación. ¡Ya no existía misterio!

Mi ansiedad de saber, había quedado satisfecha; pero al propio tiempo se había apoderado de mi espíritu un afán inquietante y malsano. Ante mis ojos se presentó de repente un verdadero mundo de imágenes monstruosas y lascivas.

En vano procuré alejar de mí aquella horrible visión, lujuriosa y violenta, que excitaba todos mis sentidos en orgiásticos delirios.

En un anhelo de lujuria insaciable y brutal se me antojaba ver a la condesa, lúbrica y desnuda, entre los brazos de otra mujer, con la cabellera en desorden; rendida y atormentada por un placer sólo a medias conseguido.

Mi sangre era de fuego; el corazón me latía con fuerza y, no pudiendo sufrir el enardecimiento de mis sentidos, caí fatigado en un sofá.

Cuando conseguí reponerme, me tracé fríamente un plan, para espiar a la condesa.

Dispuesto a realizar mi propósito, determiné vigilar a Gamiani en su misma alcoba.

Advertí que desde la puerta de cristales del tocador de la condesa se veía bien su lecho y, oculto entre unas ropas que pendían de una percha, me dispuse a esperar pacientemente la hora de las curiosas revelaciones.

La espera no fue muy larga. Acababa de esconderme en mi observatorio, cuando Gamiani entró en el tocador, seguida de su doncella, una joven morena y esbelta.

La condesa despidió luego a la doncella, diciéndole:

—Julia, puedes acostarte. No necesito esta noche tus servicios. Si oyes ruido en mi dormitorio, no te inquietes.

Estas palabras fueron para mí como el anuncio de algo importante, que justificaba mi indiscreción y mi osadía.

2

Poco a poco se fue extinguiendo el bullicio de los salones de la condesa.

Uno a uno, o por grupos, desfilaron todos los invitados. Sólo quedó en el salón, ya desierto y silencioso, la señorita Fanny C, a la que la condesa llevó a su dormitorio, donde yo aguardaba anhelante e inquieto. Mantenían apacible diálogo.

Fanny

¡Qué contratiempo, condesa! Está diluviando y es imposible encontrar un coche.

Gamiani

Mi disgusto es tan grande como el vuestro, porque, desgraciadamente, hoy se han llevado mi coche al taller.

Fanny

Mi madre, al ver que no vuelvo a casa, se creerá que me ha ocurrido una desgracia.

Gamiani

No os inquietéis. Me he cuidado de avisar a vuestra madre, y ya sabe que pasáis aquí la noche. Hoy sois mi huésped.

Fanny

Es demasiada bondad. Os molestaré, seguramente.

Gamiani

Por el contrario, me proporcionaréis un gran placer. Gozo ya pensando en el deleite de esta inesperada aventura. Dormiremos las dos juntas en esta alcoba.

Fanny

No, no: os impediría dormir.

Gamiani

Me gustará mucho. Veréis qué bien lo pasaremos. Seremos por esta noche como dos colegialas muy amigas.

La condesa, para dar más valor a sus cariñosas palabras, besó suavemente a Fanny, luego dijo, poniéndose manos a la obra:

—Yo misma os desnudaré, mi doncella se ha acostado, y hemos de prescindir de sus servicios… ¡Querida Fanny, tenéis un cuerpo admirable!

Fanny

¿Os gusta?

Gamiani

¡Estáis admirablemente bien formada!

Fanny

Sois muy amable.

Gamiani

No, no; os hago justicia. ¡Qué blancura! Os envidio.

Fanny

Sin razón, porque vuestro cuerpo es más blanco.

Gamiani

No, hija… Desnudaos sin temor. Imitadme a mí y quitaos toda la ropa. ¿A qué viene esa timidez?… ¡Así!… Aho-

ra contemplaos en ese espejo. Paris os habría dado la manzana sin vacilación y con justicia. ¡Ah, pillina, cómo sonríe viéndose tan hermosa! Tanta belleza merece el premio de un beso en la blanca frente… otro en cada mejilla… y otro más fuerte en la boca. ¡Sois adorable!

Los labios ardientes de la condesa se posaban lascivos en los encantos del prodigioso cuerpo de Fanny. La joven, temblorosa y confusa, recibía las abrasantes caricias sin comprender lo que aquellos arrebatos significaban.

Mis ojos contemplaron ansiosos a aquella pareja, llena de voluptuosidad y de gracia, en la que contrastaba el ardor imperioso de Gamiani con el tímido pudor de la asombrada muchacha. Yo me figuraba ver a un ángel puro y bello entre los brazos de una bacante ebria y fogosa.

Fanny

¡Basta, basta! Os lo suplico.

Gamiani

¡Oh, no puedo, Fanny mía! ¡Eres demasiado hermosa…! ¡Te amo, te adoro, me enloqueces!

Fanny pretendía, inútilmente, librarse de las lúbricas acometidas de la condesa. Cuando la joven pretendía protestar con sus tímidas palabras, los labios de Gamiani apretaban fuertemente los de Fanny. Cegada por el deseo, la condesa cogió fuertemente a la virgen entre sus brazos y llevándola hacia el lecho la tendió en él como si fuese una presa que quisiera devorar.

Fanny

¡Por favor!… ¡Me asustáis!… ¡Voy a gritar!… Señora, por Dios, me dais miedo. ¿Qué os pasa?

La condesa, doblemente enardecida, respondía a estas súplicas con besos aún más ardientes. Los abrazos de Ga-

miani apretaban con más fuerza la delicada carne de Fanny y los dos cuerpos se juntaban como formando uno solo.

Gamiani

¡Amor mío, no te resistas! ¡Entrégate, sé mía y toma mi vida!… ¡Toma el alma!… ¡Oh, cómo gozo!… ¡También tú te estremeces, pequeña!… ¡Ah, por fin quieres ser mía!

Fanny

¡No; me hacéis daño! ¡Por piedad!… ¡Me estáis matando! ¿Qué es esto? ¡Me muero!

Gamiani

¡Así! Aprieta tu cuerpecito contra el mío… ¡Más, más aún, niña mía! ¡Ahora te encuentro más bella! ¿Por qué mientes, embustera mía? ¡Sí, te gusta; eres feliz como yo! ¿Verdad que sí, gloria mía?…

Entonces se ofreció a mis ojos un inefable espectáculo. Gamiani, con la mirada encendida, los cabellos revueltos, enloquecida y furiosa, ondulaba y se retorcía sobre la joven cuyo cuerpo se había ido enardeciendo.

Las dos mujeres, fuertemente abrazadas, se devolvían frenéticas sacudidas, y sus suspiros ahogados iban seguidos de besos y de palabras de amor.

Crujía aún el lecho, cuando, extenuada y rendida, Fanny dejó caer ambos brazos, quedando inmóvil y pálida como un hermoso cadáver. Gamiani jadeaba, excitada por el deseo, sin lograr satisfacerlo.

Enloquecida, furiosa, se separó del lecho y fue a arrojarse en el centro de la alcoba, sobre la alfombra. Adoptando posturas lúbricas trataba de aumentar su enardecimiento, pretendiendo, rabiosa y lasciva, provocar con sus propios dedos el paroxismo del placer…

Este espectáculo acabó de trastornarme.

Hubo un momento en que, asqueado y furioso, pensé en presentarme a aquella mujer perversa, haciéndole sentir el peso de mi desprecio.

Pero la razón fue vencida por la carne, y, fuera de mí, feroz como una bestia, me arrojé furioso y enardecido, sobre el hermoso cuerpo de Fanny.

Fue tan súbita y tan afortunada la acometida, que pronto me vi triunfador, sintiendo bajo mi cuerpo agitarse y temblar de placer el delicado cuerpo de la muchacha.

Nuestras ardientes lenguas se cruzaban con frenesí. Nuestras dos almas no formaban más que una.

Fanny

¡Ay!… ¡Dios mío!… ¡Me matan!…

A esta queja, acompañada de un estremecimiento, siguió un prolongado suspiro y me sentí inundado por los favores de Fanny.

—¡Toma, Fanny mía! —exclamé yo enloquecido—. ¡Ya soy tuyo!… ¡Todo tuyo!

Fue mi tributo tan completo y tan copioso, que sentí como si se me fuera toda la vida.

Agotado, muerto en los brazos de Fanny, no me di cuenta de la furiosa acometida de la condesa, que envidiosa y colérica, se esforzaba por separarme de Fanny.

Las uñas y los dientes de Gamiani se clavaban en mi carne.

El contacto de las dos hembras enardecidas, aguzaba mi lujuria. Con los deseos multiplicados, me así fuertemente a Fanny, para no perder su posesión. Luego, sin perder aquella presa, empujé con fuerza a Gamiani, hasta que sus muslos quedaron abiertos y al alcance de mi boca.

—Ven, tú también —dije, dominando a la condesa—. ¡Apóyate sobre los brazos!

Gamiani obedeció adivinando mi deseo, y pude a la vez pasear mi lengua ardiente y activa sobre el sexo excitado.

Fanny, entretanto, acariciaba suavemente el pecho tembloroso de la condesa. Gamiani fue fácilmente vencida.

Gamiani

—¡Basta, basta!… ¡Es demasiado!… ¡Me ahogo! ¡Me mue…!

Y, sin poder acabar la última palabra, cayó pesadamente como un cadáver.

Excitada de nuevo, la adorable Fanny me echó los brazos al cuello, y con sus potentes piernas me rodeó la cintura.

Fanny

¡Ven!… ¡Ahora yo!… ¡Quiero ser tuya!… ¡Muy despacio!… ¡Así! ¡Párate!… ¡No; más suave!… ¡Así!… ¡Soy tuya! ¡Tuya!… ¡Ah!…

Nos quedamos silenciosos, rígidos, anonadados. Las entreabiertas bocas confundían jadeantes y abrasadoras, sus apagados alientos.

Poco a poco, fuimos volviendo a la vida. Cuando, pasado el enervamiento, nos incorporamos los tres, nos miramos como atónitos.

Gamiani, avergonzada de sus arrebatos lúbricos, se apresuró a cubrir su desnudez.

Imitóla Fanny, tapándose con las ropas del lecho, y, como un niño arrepentido tardíamente de su travesura irremediable, rompió a llorar.

Gamiani

¡Es usted un miserable! Todo lo que ha hecho esta noche es vil y cobarde.

Traté de defenderme.

Gamiani

Por lo visto, ignora usted que una mujer no puede perdonar a quien descubre sus debilidades.

Me pareció la mejor disculpa mentir una pasión invencible y callada que ella había enardecido con su indiferencia, hasta llevarme a la felonía y a la brutalidad.

Añadí que podía estar segura de que sabría guardar aquel secreto, cuyo conocimiento debía más a la casualidad que a mi atrevimiento.

—Confiad —dije— en que soy un caballero y que estoy agradecido. Jamás olvidaré estos momentos en que tan feliz he sido. Si hubo falta, discúlpeme mi pasión; pero, en lugar de recriminarnos inútilmente, pensemos sólo en los placeres que acabamos de gozar y en los que podemos gozar aún.

La condesa aparentaba un gran rubor, se cubrió el rostro con las manos.

Aproveché su estudiado silencio para tranquilizar a Fanny, que seguía llorando.

—Serenaos —le dije—. El placer gozado no justifica ese llanto. Sólo debemos pensar en la inefable dicha de hace un instante. Grábese el recuerdo de este gozo en nuestra memoria. Yo doy mi palabra de que no aminoraré este agradable recuerdo descubriendo a persona alguna mi aventura.

Estas palabras produjeron su efecto. Gamiani depuso su cólera; Fanny dejó de llorar.

Instintivamente nos abrazamos de nuevo, caímos sobre el lecho entrelazados y de nuestras bocas brotaron palabras excitantes y besos apasionados.

—Hermosas mías —dije resuelto—, que ningún pesar aminore nuestro placer. Pensemos que esta es la última noche que nos queda en la vida para gozar y aprovechémosla sin vacilaciones y sin temor.

Gamiani exclamó enardecida: